

PARA PROFUNDIZAR MÁS EN MATEO 11, 25 – 30

1. El contexto literario de las palabras de Jesús: (Capítulos 10-12): En el Evangelio de Mateo, el discurso de la Misión ocupa todo el capítulo 10. En los capítulos 11 y 12 nos cuenta la Misión que va haciendo Jesús y las incomprensiones y resistencias que van apareciendo y a las que Jesús debe hacer frente: Juan Bautista no lo comprende (11,1-15); el pueblo, que miraba a Jesús sólo por interés, no es capaz de entenderlo (11,16-19); las grandes ciudades en torno al lago, que habían oído la predicación y habían visto los milagros, no quieren abrirse a su mensaje y arrepentirse (11,20-24); los escribas y doctores no son capaces de entender la predicación de Jesús (11,25). Ni siquiera los parientes lo entienden (12,46-50) Sólo los *pequeños* y *sencillos* entienden y aceptan la Buena Noticia del Reino (11,25-30). La resistencia contra Jesús lleva a los fariseos a intentar matarlo (12,9-14) y a llamarlo Beelzebul (12,22-32). Pero Jesús no afloja y continúa con su misión del Siervo, descrito por el profeta Isaías (Is 43, 1-4) y citado por completo por Mateo (Mt 12, 15-31).

2. El término "sabios e inteligentes" se refiere a los doctores de la ley, sumos sacerdotes y escribas; es decir, a la minoría que tiene el poder social y religioso en tiempo de Jesús. Son gente importante y religiosa, segura de sí misma, que desprecia al pueblo marginado y pobre. Ellos se creían que sabían todo de Dios. Con su afirmación Jesús desafía su autoridad.

3. El término "pequeños" se refiere a la "gente sencilla", pero no en el sentido de personas humildes moral o espiritualmente. Se trata más bien del "simple", del ignorante, de aquel que los sabios creen que es incapaz de seguir, por él mismo, el buen camino y que tiene que ser guiado por los maestros de la ley. La palabra "*pequeños*" se refiere también a los pobres, hambrientos, afligidos, pecadores, enfermos, ovejas sin pastor, niños, los "*no invitados*" o marginados de que nos habla el Evangelio. A ellos se da a conocer primero la revelación, la Buena Noticia de Jesús. Así, el mundo religioso de entonces es cuestionado desde su base misma: los destinatarios privilegiados de la Palabra de Dios no son los sabios sino los pequeños. Los sabios, los doctores de aquel tiempo, habían creado una serie de leyes que después imponían al pueblo en nombre de Dios (15, 1-9). Ellos pensaban que Dios exigía todas esas leyes para que el pueblo pudiese tener paz. Pero la ley del amor, revelada por Jesús, afirmaba lo contrario: lo que cuenta no es lo que nosotros hacemos por Dios, sino más bien, ¡lo que Dios, en su gran misericordia, hace por nosotros(as)! Los pequeños oían esta nueva noticia y se alegraban. Los sabios y doctores no conseguían entender esa clase de enseñanza. Hoy, como en aquel tiempo, Jesús está enseñando muchas cosas a los pobres y a los pequeños. Los sabios e inteligentes harán bien en convertirse en discípulos(as) de estos pequeños.

4. El deseo del Padre (v. 26): No es que la ignorancia sea una virtud o que ser sabio sea malo. El inteligente no es siempre un orgulloso, ni el ignorante es siempre humilde. La preferencia no es por bueno o por malo, sino por la situación en que viven las personas. Jesús nos revela que el despreciado de este mundo es el preferido de Dios. Sus criterios son distintos a los de este mundo. Por eso, si entendemos bien la Palabra de Dios, esta nos debe llevar al servicio de los demás y no a la búsqueda del poder. El amor de Dios es gratuito y libre (vs.26), y por eso prefiere a los "*pequeños*". Desde este amor es posible comprender las exigencias de compromiso y solidaridad con los demás que Jesús nos pide.

5. "Yo los aliviaré": Jesús es la nueva fuente de vida capaz de fortalecer al pueblo cansado, capaz de oponerse a la enseñanza e interpretación de la ley que hacen los entendidos para dominar a los demás. Jesús invita a todas las personas a acercarse a Él y a romper con la enseñanza legalista que oprimía. Su enseñanza es descanso. Su mensaje, aunque exigente, es un "*yugo suave*" porque tiene la raíz en el amor de Dios. Jesús propone el servicio exigente y alegre de las bienaventuranzas. El yugo que Jesús propone no es símbolo de opresión ni de esclavitud, sino de apertura y obediencia a la voluntad de Dios. Ésa es la única condición para entrar en el Reino de los Cielos, y se concreta en la búsqueda de la justicia y en la práctica del amor (Mt 9,13; 12,7; 22,34-40).